Universidad Nacional de la Plata
Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Educación

FaHCE Memoria Académica

McGee Deutsch, Sandra

Contra "el gran desorden sexual" : Los nacionalistas y la sexualidad, 1919-1940

Cuadernos del CISH

2005, no. 17-18, p. 127-150

Este documento está disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica édita e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio
www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio
www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida
McGee Deutsch, S. (2005) Contra "el gran desorden sexual" : Los nacionalistas y la sexualidad, 1919-1940 [En línea]. Cuadernos del CISH, (17-18). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3599/pr.3599.pdf

Licenciamiento
Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.

Para ver la licencia completa en código legal, visite
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

Contra «el gran desorden sexual»: Los nacionalistas y la sexualidad, 1919-1940[1]

◆ *Sandra McGee Deutsch*

En su obra *Hombres en soledad* (1938), Manuel Gálvez describió el ambiente burgués de Buenos Aires como uno que estaba inmerso en la gratificación inmediata, o sea, lleno de coqueteos, cabarets y, en general, placeres carnales. De hecho, uno de sus personajes afirmaba que lo único que Argentina había aportado a la civilización había sido el tango, el cual generaba sentimientos mucho más provocativos en las personas que lo bailaban, que lo que producían los atléticos bailes norteamericanos de la época. Los sibaritas que habitaban este mundo carecían de entusiasmo, heroísmo, espiritualidad y rumbo. La democracia había envenenado a Argentina a tal grado que ya no podía ser una nación viril; evidentemente, el reino de la carnalidad estaba vinculado a esta forma de gobierno. Solamente la revolución de 1930, encabezada por hombres uniformados fuertes y resueltos, podría restaurar el vigor argentino creando un nuevo sistema político autoritario, leal a la jerarquía, la disciplina y la acción. Eso purificaría el país y transformaría a su población varonil en hombres verdaderos. Los políticos conservadores

1 Una versión preliminar de este artículo salió en *Reflejos* (Jerusalem), Nº 10 (2001-2002), pp. 107-117. Quiero agradecer a Dora Barrancos, Federico Finchelstein, Donna Guy, Daniel Lvovich, Adriana Ortiz, Raanan Rein, Leonardo Senkman, Mónica Szurmuk y Liliana Tuccio por su ayuda y sus comentarios valiosos.

◆ Docente e investigadora en la University of Texas. El Paso.

decadentes, sin embargo, traicionaron la revolución y obstaculizaron que la misma cambiara el *statu quo*, y así, el efímero régimen de Uriburu no pudo cumplir su promesa. Evidentemente, Argentina no recobró su virilidad.

En este libro, Gálvez hizo referencia a algunos de los temas sexuales que concernían a los nacionalistas. La sexualidad no estaba entre los tópicos principales que ocupaban la atención de este movimiento político, así que pocas veces lo mencionaron o trataron de una manera directa y prolongada. No obstante, uno puede encontrar un vislumbre de sus ideas escudriñando las exposiciones sobre otras de sus preocupaciones, tales como el orden social o los judíos.[2] Los nacionalistas creían que la base de una nación poderosa era la familia heterosexual, que estaba jerárquicamente constituida bajo la autoridad masculina, y preservaba distinciones rígidas entre los papeles que –según ellos– debían desempeñar el hombre y la mujer. En esta familia idealizada, el esposo y la esposa se casaban bajo los ritos del catolicismo y dedicaban su unión a fines católicos. Uno de los propósitos del matrimonio era reproducir la raza; otro era proporcionar un desfogue para los peligrosos deseos sexuales y, al mismo tiempo, restringir estos deseos. Si se dejaba libre o desenfrenada, como en el Buenos Aires descrito por Gálvez, la sensualidad amenazaba con diluir la firmeza masculina y desviar sus energías de las causas más dignas. Paradójicamente, la virilidad genuina no podía coincidir con la sensualidad desenfrenada. Además, las energías sexuales desatadas impulsarían a las mujeres a dejar sus hogares y resultaría en un caos moral, lo que a su vez socavaría el orden social. Los enemigos del socialismo –los liberales, los izquierdistas, los feministas y los judíos– buscaban debilitar, si no destruir, la virilidad argentina, la familia cristiana y la nación, al promover el reino de la carne.

Antes de tratar sobre las opiniones nacionalistas sobre la sexualidad, uno debe primero definir esta persuasión política. Algunos historiadores plantean que el nacionalismo argentino surgió con la fundación del primer periódico nacionalista, *La Nueva República*, en 1927. Otros sostienen que se originó inmediatamente después de la Semana Trágica de 1919, con la creación de la Liga Patriótica Argentina. En este artículo, vamos a considerar a la Liga, la cual se opuso a movimientos laborales y de izquierda y cuestionó algunos aspectos de la democracia liberal, como una precursora del nacionalismo. La Liga y el nacionalismo tenían mucho en común, como lo indica su alianza en la revolución de 1930 que derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen (1916-22, 1928-30), pero la ideología y las prácticas del posterior movimiento eran más radicales.

2 Sobre género, sexualidad, y la derecha, véase Halperin y Acha (2000) y Echeverría (2006).

El nacionalismo de los años treinta estaba constituido por innumerables grupos, divididos por diferencias de estilo y creencias, ambiciones personales y rivalidades. El nacionalismo era amorfo, puesto que muchos de sus militantes saltaban de un grupo a otro o pertenecían a varios, aunque algunos, como Gálvez, profesaban creencias nacionalistas pero no se unían a ninguno. Pese a las divisiones y al ocasional sentimiento de rencor entre los nacionalistas en esta década, uno puede hablar de un solo movimiento nacionalista, ya que las diversas entidades cooperaban entre sí, llevaban a cabo mítines en común, y se unían para atacar a los radicales, a los socialistas y a otros supuestos enemigos. Por otra parte, los nacionalistas sostenían ciertas creencias en común: hasta cierto punto, todos creían en el corporativismo, en la hispanidad y en el catolicismo (excepto Leopoldo Lugones), y todos se oponían al liberalismo, a la democracia, al feminismo, al izquierdismo, al imperialismo estadounidense y británico, al cosmopolitismo y a los judíos. El nacionalismo se entiende mejor como una coalición de fuerzas cambiantes de extrema derecha, algunas más radicales que otras (McGee Deutsch, 2005: 266-267). En cuanto a temas sexuales, sin embargo, todos parecían concordar.

La Liga Patriótica Argentina

El precursor anti-laboral del nacionalismo surgió durante los tumultuosos eventos de enero de 1919. La Semana Trágica –una violenta lucha entre los trabajadores, por un lado, y los capitalistas y el Estado, por el otro– se desató en esta época. El ejército ayudó a poner fin a la violencia encabezada por los trabajadores, y el gobierno de Yrigoyen actuó como mediador para lograr una solución a la huelga que había desatado el episodio. Mientras tanto, los porteños de las clases media y alta temían que esta señal de militancia laboral presagiara la llegada de la revolución bolchevique a las costas argentinas. Tomando el asunto en sus propias manos, civiles armados patrullaban las calles, atacando a obreros y judíos, a quienes consideraban sospechosos debido a sus orígenes rusos. Otros crearon milicias para proteger sus vecindarios de posibles ataques izquierdistas. Miembros de estas guardias de vigilantes de vecindarios, junto con oficiales militares, clérigos y hombres y mujeres de sociedad, establecieron la Liga Patriótica Argentina. Encabezadas por miembros de la clase alta, las filas de la Liga se componían mayormente por hombres provenientes de la clase media. Tanto las filas como las oficiales del sector femenil de la Liga, sin embargo, eran aristócratas.

En vista de su composición social, no sorprende que esta nueva organización prometiera proteger los intereses de la burguesía contra la amenaza izquierdista. A veces hizo esto por medio de la fuerza bruta, reprimiendo huelgas y manifestaciones públicas de los trabajadores, principalmente en la región litoral y en la Patagonia. La Liga también usó medios pacíficos para mantener el *statu quo*. Mujeres liguistas crearon escuelas para las obreras de fábricas, quienes recibían lecciones en patriotismo, religión y obediencia, junto con instrucción en alfabetismo, diversos oficios y en cómo ser mejores amas de casa. Hombres liguistas construyeron una ideología que justificaba la jerarquía socio-económica existente, sosteniendo que no había necesidad de derrocarla, ya que el gobierno, la iglesia y los empresarios podían remediar sus defectos a través de reformas incrementalísticas. Estaban dispuestos a considerar los méritos del seguro social, la participación en las utilidades, la industrialización promovida por el gobierno e, incluso, una limitada reforma agraria. Sin embargo, querían que aquellos en el poder implementaran estas medidas; no querían que los desposeídos presionaran para obtenerlas. Los miembros de la Liga propagaron esta ideología de «humanitarismo práctico», a diferencia de la teoría utópica izquierdista, a través de discursos, escritos y congresos de la Liga (McGee Deutsch, 2003 y Caterina, 1995).

De acuerdo con los voceros liguistas –especialmente Manuel Carlés, el presidente de la Liga– los inmigrantes eran los responsables del arribo a la Argentina de doctrinas malignas del conflicto de clases. Mientras que admitía que los extranjeros habían traído consigo algunas cosas positivas, tales como avances científicos y técnicos, también los culpaba de traer al país «inmoralidades y perversiones». El orden social estribaba en la ley, la religión, la familia y la propiedad, y cualquier cosa que debilitara a uno de estos pilares minaba a la sociedad entera. Los inmigrantes que creían en tener relaciones sexuales e hijos fuera del matrimonio amenazaban a la familia y la sociedad. Los hogares que establecían eran inmorales, como también lo eran los hogares caracterizados por las creencias anarquistas o maximalistas; de hecho, Carlés igualaba a ambos. Los anarquistas eran malignos no sólo por oponerse a la institución oficial del matrimonio, sino también por oponerse al capitalismo y al Estado, puesto que los tres estaban entrelazados. La tarea de la Liga, desde el punto de vista de Carlés, era «moralizar el hogar y precaver al pueblo de los vicios que adquiere al contacto con los demás pueblos». De aquí la necesidad de proyectos como las escuelas para mujeres de la Liga, en las que se inculcaba a las trabajadoras nacidas en el extranjero la importancia de casarse y criar hijos patrióticos. El presidente

de la Liga alababa a las madres que enseñaban a sus hijos lecciones valiosas, por ejemplo, cómo resistirse a las pasiones que debilitaban el raciocinio; presuntamente, las estudiantes argentinizadas y cristianizadas de las escuelas de la Liga inculcarían a sus hijos tales nociones y así protegerían el orden social (Liga Patriótica Argentina: 1927: 52, 1921a: 14-16).

Carlés veía a los izquierdistas y a los trabajadores que tenían conciencia de su clase social como personas que no se resistían a ningún tipo de pasiones, fueran éstas políticas, criminales o sexuales. Al describir la agitación laboral que tuvo lugar en la pampa en los primeros años después de la Primera Guerra Mundial, Carlés afirmaba que huelguistas vagaban por los campos, intimidando a chacareros, robándoles su dinero, quemando cosechas y violando a mujeres (Liga Patriótica Argentina, 1920: 41). No se sabe a ciencia cierta si los trabajadores en verdad cometieron estas fechorías o no. Lo que sí era claro era que, para la Liga, el hecho de desafiar el control de los empleadores sobre la fuerza laboral significaba desafiar el control de los mismos sobre sus bienes y sus mujeres. Las mujeres, aparentemente, también eran propiedades. Estos hechos ofensivos eran uno y el mismo: todos socavaban el capitalismo y anunciaban el caos.

Defender la pureza de las virtudes morales argentinas, que Carlés veía como una de las tareas de su organización, significaba más que simplemente defender la institución del matrimonio o reprimir a los trabajadores e izquierdistas. Los liguistas creían que los apetitos bajos y el deseo por el placer en general dominaban la vida argentina, particularmente en las ciudades, y que era necesario combatirlos. Uno podía hallar tales tendencias en todas partes: en los sensuales clubes aristocráticos, en películas y libros libertinos, en el tango, en los indeseados piropos que los hombres lanzaban a las mujeres en las calles, y hasta en la política. Carlés consideraba a la democracia argentina, al menos bajo el partido de Yrigoyen, los radicales personalistas, como peligrosamente sensual. Desde su punto de vista, la Liga tenía que pelear contra «las malas raleas políticas que estimulan todas las concupiscencias de los bajos fondos sociales a cambio del voto electoral» (Liga Patriótica Argentina, 1923: 32).[3] Aparentemente, la demagogia despertaba los apetitos de la gente: por más servicios, más dinero y una posición más alta en la sociedad. Inevitablemente, dichos apetitos abarcaban también al sexo.

3 Véase también: Liga Patriótica Argentina (1921: 3-10, 1922: 1 y 1928: 453) y Lagos (1923: 11).

Los Nacionalistas

La respuesta de la Liga a la sensualidad consistía mayormente en exhortaciones de patriotismo, matrimonio, devoción religiosa, educación religiosa en las escuelas y un retorno al estilo de vida austero y varonil que supuestamente había caracterizado a la Argentina en el pasado. Evidentemente, tal retórica era insuficiente. Para fines de la década de los veinte, «las malas raleas políticas» del radicalismo parecían estar arraigadas en el poder. Para los oponentes del presidente Yrigoyen –los liguistas, las diversas facciones conservadoras y algunos radicales antipersonalistas– la democracia parecía significar una pérdida permanente del control político, en manos de quienes ellos juzgaban como los miembros de los niveles bajos de la sociedad. Estas fuerzas asociadas con el régimen previo a 1916 no sólo querían regresar al poder por el poder mismo, sino también porque temían que, si no eran restringidas, las pasiones de las masas agitadas por el radicalismo podrían conducir a la inestabilidad o incluso a una revolución izquierdista.

Aparte de los liguistas, también favorecían esta postura los miembros de un nuevo movimiento: los nacionalistas. Influenciados por el pensamiento católico europeo y contrarrevolucionario, como así también por la Liga, los jóvenes nacionalistas rechazaban el liberalismo, el electoralismo, la inmigración y el izquierdismo. Favorecían la idea de un Estado poderoso regido por una elite criolla ilustrada. Su respeto por la jerarquía, la disciplina, el corporativismo, el heroísmo y la espiritualidad significaba que este Estado sería cualquier cosa menos democrático. Las opiniones nacionalistas eran más radicales que las de la Liga, cuya oposición al liberalismo y la democracia eran más sutiles y matizadas. La Liga jamás abrazó el corporatismo o las virtudes marciales como lo hicieron los nacionalistas. A principios de la década de los treinta, la mayoría de los nacionalistas provenían de la clase alta, pero una década más tarde únicamente una minoría lo eran, lo que indica que su atracción estaba extendiéndose.

Cuando la crisis económica llegó a la Argentina, el ya anciano presidente Yrigoyen parecía incapaz de afrontarla, como tampoco pudo hacerlo con la creciente disensión política. Crecieron los llamados que apelaban a un cambio político, y otros grupos se unieron a la oposición, como los oficiales militares, quienes conspiraron para derrocarlo. En septiembre de 1930, el general José F. Uriburu y sus fuerzas removieron a Yrigoyen de la presidencia. Influenciado por –y vinculado con– los nacionalistas, el intento del presidente Uriburu por

implementar sus ideas fracasó, como se mencionó líneas arriba. El general Agustín P. Justo, más moderado, asumió la presidencia en 1932, seguido de Roberto M. Ortiz en 1938. Los nacionalistas despreciaban a ambos, por considerarlos liberales y corruptos.

Los nacionalistas expresaron algunas de sus opiniones en términos sexuales. Por ejemplo, consideraban que la decrepitud de Yrigoyen era sexual y no únicamente política. De acuerdo a Federico Ibarguren, durante los últimos años de su administración, «el senil presidente Yrigoyen, entre tanto, no hacía otra cosa que recibir a correligionarios que lo engañaban y añorar su juventud sexual manoseando a pobres maestras y a postulantes buenas mozas». Ibarguren afirmaba además que el líder socialista Alfredo Palacios se perturbó al ver tropas entrando a Buenos Aires para llevar a cabo la revolución: «La vieja momia se mesaba los bigotes y se arrancaba los pocos pelos que armaban su raleada melena». El autor nacionalista contrastaba estas imágenes de edad avanzada, perversión y pérdida de hombría con aquellas de un robusto y joven soldado a caballo, quien epitomaba «la juventud, la valentía, la fuerza, la vida» (Ibarguren, 1969: 33-50). Aun cuando únicamente de manera temporaria, la revolución restauró un sentido de virilidad.

Aunque Uriburu no se ajustaba fácilmente al arquetipo de un líder fuerte y carismático, sus admiradores sentían la necesidad de verlo de esta manera. Incluso después de la revolución, su salida de la presidencia y su muerte, los nacionalistas continuaron venerando al general como epítome de la masculinidad viril. Por asociación, aquellos que expresaban su lealtad a Uriburu y sus ideales, compartían también esta tendencia; o al menos, así lo creían ellos. Publicistas nacionalistas alababan la virilidad de sus camaradas que desfilaban pasando cerca de la tumba de Uriburu en formación militar. El rendir homenaje a una figura viril que ellos consideraban un mártir no sólo les otorgaba la misma imagen, sino que también reforzaba la unidad entre ellos. Este culto a Uriburu ayudó a crear una comunidad entre los nacionalistas, que ellos consideraban como una comunidad de hombres viriles. Otros fascistas alrededor del mundo se consideraban a sí mismos de manera similar (Finchelstein, 2002a: 113-130 y Mosse, 1985: 176).

Sin embargo, el culto a la virilidad nacionalista no había empezado con la revolución de 1930, sino con los discursos del poeta Leopoldo Lugones a principios de la década de los veinte. En una ponencia en 1923 patrocinada por la Liga, y de conformidad con sus ideales, el ex socialista llamó a purificar al país de su plaga izquierdista extranjera, una tarea que los argentinos tendrían que

«afrontar virilmente». Al año siguiente, en un discurso famoso, Lugones proclamó la llegada de «la hora de la espada». «Amar, combatir, mandar, enseñar» era lo que hacía la vida completa. Las primeras tres palabras (incluso «amar») eran «expresiones de conquista y de fuerza»; de hecho, «la vida misma es un estado de fuerza». Peligrosamente pacifista y demagógica, la democracia había socavado la estabilidad, dejando así al ejército como la única institución jerárquica de la sociedad. Uno tenía que estar listo para enfrentar las probables amenazas al orden: «en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido». Para ser verdaderamente masculinos, los hombres tendrían que salvar a la nación del caos, asumiendo las virtudes militares del deber, el sacrificio y el heroísmo. Únicamente de esta manera podrían vivir «la vida superior, que es belleza, esperanza y fuerza» (en Barbero y Devoto, 1983: 55-56).

El nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo se hizo eco de estos comentarios cuando pronunció un discurso ante un salón lleno de militares en 1939. Estos tiempos difíciles habían disipado los ideales de la fraternidad internacional y empujado a la gente hacia el uso de la fuerza. En esta hora de espadas y cañones, todos los hombres tenían que prepararse, puesto que el concepto de una nación en armas «hacía de todo hombre en edad viril un guerrero». El espíritu militar no estaba reservado sólo a los hombres de uniforme (en García y Rodríguez Molas, 1988: 147-155).

Los nacionalistas consideraban al hombre viril como puro y austero. Como lo anotó Federico Ibarguren, se oponían al «vacío moral (¡hay que gozar la vida!), sin otro móvil rector que el del burgués satisfecho». Juan Carulla, un médico y ex anarquista convertido en nacionalista, desdeñaba el «sensualismo instintivo» de sus compatriotas, que los hacía valorar los bienes materiales por encima de todo lo demás. En lugar de los viejos y malgastados hombres que habían regido a la Argentina, Manuel Gálvez quería que los jóvenes gobernaran. Fuertes, fieles y entusiastas, ellos no eran sensuales ni afeminados. Mofándose de la predisposición argentina por el confort, el placer y la dilación, estos hombres viriles gustaban de la acción y el sacrificio. Hombres de este tipo abundaban en la Alemania Nacional Socialista y Carlos Ibarguren, por consiguiente, elogiaba su «vigor físico».[4]

Para los nacionalistas, y también para los Nacional Socialistas alemanes, una masculinidad verdaderamente viril requería ejercer el refrenamiento sexual. La

4 Véase: Ibarguren (1969: 17); Carulla (1931: 46); Gálvez (1934: 7-13, 31-35, 41) e Ibarguren (1933: 39).

falta de control sobre el propio cuerpo era parte de esa misma falta de control que los nacionalistas atribuían a los oponentes del orden social. La devoción a la causa nacional absorbería las energías sexuales y merecidamente relegaría lo erótico a un segundo plano. Como los nacionalistas, los nazis enfatizaban en el hogar, la familia y la abnegación, pero aceptaban las relaciones extramaritales entre los llamados «arios» porque la descendencia de tales uniones aumentaría lo que ellos veían como la raza maestra. El determinismo racial al estilo de los nacional socialistas alemanes, encontró pocos adeptos entre los nacionalistas católicos espiritualmente motivados. Mientras que estos últimos también querían aumentar el índice natal, no veían con buenos ojos las relaciones sexuales fuera del matrimonio o los nacimientos ilegítimos. La ideología sexual de los nazis revelaba el deseo tanto de reforzar como de destruir la respetabilidad burguesa; por lo menos en lo que refiere a sus creencias sexuales, los nacionalistas al parecer únicamente querían reforzarla (Mosse, 1985; Burleigh and Wippermann, 1991: 224, 252).

Rígidas distinciones de género ayudarían a mantener este orden burgués. De acuerdo a Salvador Ferla, sus colegas nacionalistas querían «un hombre fuerte, audaz –¡hombre!» y «la mujer, delicada, conciliadora –¡mujer!» (Ferla, 1947: 49). La insistencia de los nacionalistas de que los hombres eran activos y que las mujeres eran pasivas, sugiere que pensaban que estas cualidades se trasladaban también al acto sexual.[5] Al parecer, creían que los hombres tenían que controlar sus apetitos sexuales fuera del matrimonio, pero que las mujeres tenían que hacerlo hasta dentro del mismo. Para los nacionalistas, el sitio de la mujer era el hogar, y su tarea más importante era dar a luz a niños y criarlos. Como esta misión maternal era la esencia de la femineidad, una madre mala o egoísta, una que era inmodesta o impura, o una mujer que no quería ser madre, no era una verdadera mujer.

Remover a la mujer de los confines del hogar también podría quitarle su femineidad y así poner en peligro el orden social. En 1928, Juan Carulla denunció la práctica del voto femenino en la provincia de San Juan. Hasta los hombres de la derecha parecían favorecer esta práctica, anotó, porque pensaban que las mujeres eran inherentemente conservadoras y sus votos contrarrestarían algunos de los efectos malignos del voto. Carulla no estaba de acuerdo, observando que las mujeres sólo eran conservadoras dentro de su esfera apropiada de actividad,

5 También indicaba quién tenía el poder. Véase Rotker (2002: 115-116).

que era el hogar. «Fuera de ese terreno resulta ella mucho más posible que el hombre de caer en la anarquía y en el desorden moral». Esto ya estaba pasando en San Juan, donde las mujeres no sólo estaban votando, sino también asistiendo a festividades y manifestaciones públicas políticamente inspiradas con características «orgiásticas» (*La Nueva República*, 25/04/1928: 1). La participación en tales eventos podría aflojar el refrenamiento moral, estimular sus apetitos sexuales y promover el desorden en el hogar y en la sociedad en general.

Dentro del hogar, las mujeres inculcaban los papeles de género a sus niños. Si eran buenas madres, entrenaban a sus críos a aceptar las normas propias de su género. Mujeres que no eran verdaderamente femeninas, sin embargo, corrían el riesgo de pervertir a sus hijos, de criar a hombres que no eran masculinos o mujeres que no eran femeninas. Así pues, si uno impugnaba la femineidad de una mujer, por extensión estaba impugnando la masculinidad de su hijo.

Por esta razón, los nacionalistas respondían fieramente a insultos contra sus madres. El caso más impresionante sucedió en Córdoba, una de las plazas fuertes de los nacionalistas, donde la Legión Cívica Argentina, un grupo patrocinado previamente por el régimen de Uriburu y sus aliados, llevaron a cabo una ola de acciones provocativas en 1933. Uno de sus blancos era un franco oponente, José Guevara, un diputado socialista de la provincia. Luego de que le quemaran la entrada de su casa, Guevara habló públicamente en un mitin anti-fascista, donde acusó a miembros de la Legión Cívica Argentina de ser ladrones y otras cosas peores. Guevara, un poco en broma, dijo que no queriendo arruinar sus pechos, las madres de los legionarios los habían privado de la leche materna, y que después se habían vestido con ropas reveladoras y aparecido mitad desnudas en público. Debido pues a sus antecedentes familiares, los legionarios eran «degenerados» (*La Fronda*, 01/10/1933: 1).[6] Enfurecidos por esta afrenta a la femineidad de sus madres y a su propia masculinidad, los nacionalistas asesinaron al socialista, baleándolo por la espalda.

Fortalecer el orden social y sexual significaba combatir al liberalismo y la democracia. Los nacionalistas creían que los intereses individuales deben subordinarse a los intereses de la comunidad, y los derechos individuales a los derechos del Estado. Los liberales habían hecho lo contrario, lo cual implicó subvertir las instituciones y las tradiciones, debilitando así a la comunidad. En vez de promover el bienestar común, los demócratas liberales habían venerado

6 Las palabras de Guevara indicaron una postura similar respecto al sexo y la figura de la madre entre este socialista y los nacionalistas.

principios abstractos, tales como la soberanía popular, la libertad y la igualdad, como las metas del gobierno. Su exaltación de teorías y el individualismo por encima de la patria los hacían enemigos del orden y del bienestar nacional. Experimentar con la organización social para ajustarla al modelo ideal que traían en su imaginación sólo promovía la disolución y la inestabilidad.

Así, también, lo hacía el énfasis liberal en el materialismo y los apetitos que despertaba. Esto inevitablemente conducía al crimen, a los escándalos y hasta a la prostitución, afirmaba Benjamín Villafañe, sin entrar en detalles. El falso sentido de libertad promovido por el liberalismo fomentaba aún más la inmoralidad, continuaba diciendo el senador pro-nacionalista, en la forma de «aberraciones» como el feminismo y el «amor libre». Bajo la democracia liberal, «la satisfacción incondicional de los instintos» se había convertido en el propósito del gobierno, en vez del genuino bienestar del pueblo. El liberalismo era también responsable de la educación secular, la cual, al ignorar la religión y la moralidad, había producido ciudadanos que eran seres vacíos, «sibaritas y sensuales» (Villafañe, 1935: 26, 103).

Escribiendo en 1930, Leopoldo Lugones estaba de acuerdo con Villafañe en que, bajo la democracia liberal, cualquier ofensa disfrazada bajo el nombre de la libertad era aceptable, siempre y cuando contara con el suficiente apoyo que luego podía ser traducido en votos, cuando llegara el momento de la elección. Así, la capital federal era el sitio de «la industria libre del aborto». Los abortos y el alto costo de la vida, otra consecuencia de la democracia liberal, había reducido drásticamente el índice de la natalidad. Esta situación, insistía Lugones, creaba hogares infelices y fomentaba la prostitución y otros delitos, aunque no explicaba cómo. Sí explicaba, sin embargo, cómo la urbanización fomentaba el libertinaje. Las sobrepobladas zonas urbanas servían como imanes para las mujeres jóvenes de provincia, muchas de las cuales se convertían en prostitutas callejeras. De hecho, Buenos Aires era un centro de prostitución y vida nocturna libertina. Las políticas de la democracia liberal que habían fomentado la concentración de gente en las áreas urbanas eran las responsables de tales depravaciones.

El liberalismo argentino también había promovido una inmigración masiva de personas extranjeras, incluyendo unas cuya presencia dañaba a la nación. Entre ellas estaban los dementes. De acuerdo a Lugones, más del 60% de los internos de los manicomios del país eran individuos nacidos en el extranjero. A veces, cuando arribaban a la Argentina parecían personas normales, y vivían libre y promiscuamente, engendrando o dando a luz a muchos hijos, como él creía que

los dementes tienden a hacer. Su numerosa progenie heredaba sus demencias, propagando así dicha enfermedad en proporciones exponenciales. Por otra parte, las cárceles estaban llenas de extranjeros, incluyendo aquellos declarados culpables de vender pornografía. Estas afirmaciones sobre la locura y la degeneración eran similares a las de algunos siquiatras y médicos de la época, que no eran necesariamente nacionalistas. Pero, a diferencia de ellos, para Lugones el punto clave era ideológico: una vez más, se podía culpar al liberalismo de estos problemas sexuales. Y esta ideología aún no había agotado su potencial para el daño, ya que todavía estaba en su «periodo orgiástico» (Lugones, 1962: 82-83, 89, 178-179, 194-195).

Enrique Osés, quien primero fue editor de *Criterio*, revista de la derecha católica, y después del órgano nacionalista *Crisol*, se unió al coro anti-liberal. En su opinión, el materialismo y la sensualidad –que eran propiedades inherentes del liberalismo– obstruían la búsqueda viril en pos de los ideales espirituales. Así, el liberalismo degradaba a los hombres al quitarles su masculinidad y vitalidad. Concordando con Lugones, Osés atribuía la propagación del adulterio, el divorcio y el libertinaje a la democracia liberal. Bajo este tipo de régimen, hombres y mujeres vestían atuendos reveladores en la playa, mientras que los teatros mostraban películas y obras con contenido sexual. Tales exhibiciones lujuriosas robaban a los niños su inocencia (Osés, 1968: 27, en Buchrucker, 1987: 137). Las actitudes puritanas de Osés sugerían lo que los nacionalistas podrían haber prohibido si hubiesen llegado al poder.

El liberalismo había abierto la puerta al capital extranjero, el cual había propagado la inmoralidad sexual. De acuerdo a Guido Glave, Hollywood estaba removiendo a las mujeres del hogar y exponiéndolas a las influencias inmorales. Las amas de casa ya no sabían cómo hacer el dulce de leche porque pasaban el tiempo yendo al cine, en vez de dedicarse a las artes del hogar. Las películas que veían mostraban a gente desnuda involucrándose en conductas lujuriosas, puesto que el capital internacional responsable de producirlas y difundirlas estaba más interesado en ganancias monetarias que en la moral. Así, este producto secundario del liberalismo estaba socavando la femineidad de las mujeres y el hogar (Glave, 1936: 86).

La crítica nacionalista de los medios de comunicación se apropiaba de ideas de la iglesia católica. Ésta no era la única área donde uno podía detectar una fuerte influencia eclesiástica sobre el movimiento. En general, la superposición entre el nacionalismo y la iglesia era tan marcada que a veces no era claro quién

había influenciado a quién; los nacionalistas adoptaban opiniones católicas y líderes católicos aproximaban posturas nacionalistas. Varias generaciones de nacionalistas recibieron instrucción en el pensamiento católico integrista en los Cursos de Cultura Católica, en los años veinte y treinta. Los nacionalistas publicaban artículos en revistas católicas, y escritos de sacerdotes católicos y laicos prominentes aparecían en la prensa nacionalista. Las dos perspectivas estaban entrelazadas. Así, clérigos como el padre Julio Meinvielle, a menudo expresaban lo que también eran posturas nacionalistas.

De acuerdo a los católicos y los nacionalistas, el liberalismo y el bolchevismo compartían muchos rasgos. Ambos eran materialistas y opuestos a la religión y la espiritualidad, predicando el reino del estómago por encima del alma. Ambos atacaban a la familia, como parte de su estrategia para destruir instituciones; de acuerdo a Meinvielle, un arma socialista adicional contra la familia era la creencia en el amor libre. Aunque no eran exactamente lo mismo, los nacionalistas creían que el liberalismo inexorablemente conducía al bolchevismo, al que consideraban aún más sexualmente pervertido que su antecesor.

Carlos Silveyra, un maestro de secundaria, fundador de la Comisión Popular Argentina Contra el Comunismo y editor de la revista *Clarinada*, virulentamente anti-semítica y pro-nazi, creía que el comunismo buscaba demoler a la familia. El Nacionalismo Argentino estaba de acuerdo con él. Este grupo surgió en 1932, bajo el liderazgo de José María Rosa, también conocido por su revisionismo histórico. El Nacionalismo Argentino afirmaba abogar por la familia y otras instituciones vitales que existían en la realidad, antes que en un nivel abstracto. En contraste, los izquierdistas –en opinión del Nacionalismo– querían llevar a cabo una revolución que destruiría a la familia y luego reconstruirla en línea con sus propios planos teóricos, lo que el Nacionalismo Argentino no creía posible o útil (*Voz nacionalista*, 1935: 7).

Silveyra, Guillermo Gallardo y el padre Dionisio R. Napal, explicaban cómo el bolchevismo socavaba a la familia y a las costumbres de refrenamiento sexual. Gallardo hacía notar que el grupo al que él pertenecía, la Legión Cívica Argentina, consideraba a la familia cristiana como un elemento esencial del Estado argentino. Las familias basadas en la sumisión de los niños a la autoridad paternal, constituían la mejor garantía para el orden social, ya que simbolizaban el tipo de sociedad jerárquica que los nacionalistas favorecían. Aquellas sociedades que adolecían de esta autoridad y respeto, como por ejemplo bajo el comunismo, no podían

domar los crudos apetitos y pasiones de las masas, y por tanto la desintegración social estaba asegurada.

Según Napal, el régimen bolchevique había transformado a la familia al convertir el matrimonio y el divorcio en procedimientos casuales que no acarreaban un compromiso genuino. De hecho, agregaba Silveyra, uno se podía casar y divorciar en la misma oficina de registro civil; le importaba poco al Estado cuál opción escogía uno. Napal insistía en que el código marital soviético sólo veía al matrimonio a través de un lente biológico, como un simple contrato que «con ruda franqueza sanciona los caprichos y exigencias de la atracción sexual». En realidad, los ideólogos soviéticos aspiraban a abolir el amor, porque era un sentimiento antirrevolucionario. El que la poligamia y el incesto corrieran desenfrenados en la Unión Soviética, demostraba «el gran desorden sexual ocasionado por la revolución». La insinuación era que el desorden sexual significaba desorden social (Napal, 1933: 166-171; Silveyra, 1936: 107).

En efecto, la Unión Soviética había nacionalizado a las mujeres, tal y como había nacionalizado la propiedad privada. Tanto la propiedad como las mujeres estaban ahora en manos del Estado, en vez de ser la posesión de hombres individuales. De hecho, los nacionalistas parecían estar de acuerdo con Carlés en que bajo el capitalismo las mujeres por derecho eran la propiedad de los hombres, y que el socialismo y el comunismo eran malos en parte porque habían removido a las mujeres del control de los hombres. Pero las mujeres diferían de las otras formas de propiedad bajo el comunismo. El Estado era el dueño de la propiedad, mientras que las mujeres y sus favores sexuales podían circular libremente. Tal vez esto es lo que los nacionalistas llamaban el amor libre, al que por supuesto condenaban.

El comunismo había destruido el papel de la familia en criar niños, así como también el control del hombre sobre la mujer. Gallardo comentó que, bajo este régimen, los niños crecían en un clima de inestabilidad (*Bandera Argentina*, 23/08/1932). Él y Silveyra alegaban que el gobierno soviético fríamente quitaba los niños a sus padres y los ponía bajo el tutelaje de instituciones impersonales. Estas instituciones, en vez de las madres, los criaban y educaban, robando así a las familias sus tradicionales papeles y promoviendo la desintegración social. Los comunistas, insistía Silveyra, no querían que los niños sintieran la ternura de una madre. En estas escuelas, centros y grupos juveniles coeducacionales, según el editor de *Clarinada*, los maestros y administradores alentaban la camaradería como un primer paso hacia las relaciones sexuales, que eran tan comunes entre los menores

comunistas (Silveyra, 1936: 106-107, 227). Éste era sólo un ejemplo de cómo la falta de autoridad paternal conducía al libertinaje sexual.

La vida en la Unión Soviética no permitía la verdadera femineidad. Una chica soviética prematuramente hacía contacto con los chicos y la sexualidad en la escuela o grupo juvenil. Esto la acostumbraba al sexo casual, sólo ligeramente formalizado por uno o más contratos matrimoniales. Ella participaba en la fuerza laboral, y las reuniones a las que tenía que asistir reducían aún más la cantidad de tiempo que podía pasar en el hogar. Igualmente atareado con el trabajo, las reuniones y la política, su esposo probablemente tampoco estaba allí, ni sus hijos, puesto que el Estado se los había quitado. Desde la perspectiva nacionalista, su «liberación», como la llamaban los ideólogos soviéticos, era excesivamente costosa. Ella sacrificaba el amor, el papel doméstico y materno y la femineidad, mientras viajaba en espiral descendente hacia el «abismo». Como un escritor anónimo en *Clarinada* había aseverado, «ya no merece acariciar a un niño»[7] –aunque tuviera la oportunidad de hacerlo.

Para los nacionalistas, el comunismo, el socialismo, el liberalismo y la sexualidad indomada, estaban todos entrelazados –y estaban conectados a los judíos. El antisemitismo podía no ser la característica central de la ideología de los nacionalistas, pero estaba en intersección con muchos asuntos que les preocupaban, incluyendo aquellos de naturaleza sexual. Hitler y los nacional socialistas alemanes también asociaban a los judíos con la trata de blancas, la pornografía y el comportamiento libertino, como así también con las tendencias políticas que ellos y los nacionalistas argentinos aborrecían. Algunos argentinos de otras persuasiones políticas también tendían a ver a los judíos como sexualmente desviados, pero a diferencia de los nacionalistas u otros fascistas, no los identificaban con el liberalismo y el izquierdismo, a los que tampoco condenaban.

Al vincular a los judíos con la perversión sexual, los fascistas europeos y sus contrapartes argentinas se basaban en una serie de creencias que databan de muchos años atrás. Científicos, pensadores y escritores europeos veían al hombre judío como afeminado o mujeril, ya que «the altered form of his circumcised genitalia reflecting the form analogous to that of the woman», como dijo Sander Gilman. El hecho de estar circuncidados hacía a los hombres judíos sexualmente distintos y, por tanto, «el Otro»; uno podía esperar cualquier cosa perversa de ellos. Como las mujeres, los judíos eran propensos a conductas hipersexuales, lo cual estaba

7 Los militares, en los años 1976-1983, también opinaban que las «subversivas» no eran mujeres verdaderas y no merecían tener niños.

vinculado a la histeria. Más aún, la histeria en general era una característica de la frenética vida urbana, como también lo era la sexualidad desviada, y los judíos eran el arquetipo del habitante urbano. La práctica judía de casarse dentro del grupo sólo reforzaba y multiplicaba tales rasgos como los excesos sexuales, la neurosis y el afeminamiento entre sus descendientes. Mientras los científicos debatían sobre si la circuncisión promovía o prevenía las enfermedades, y si los judíos eran entonces más o menos propensos a contraerlas, los extremistas de derecha adoptaron el primer punto de vista. De acuerdo a esta perspectiva, la circuncisión podría facilitar la propagación de la sífilis, la que podía ser transmitida aun cuando este procedimiento era realizado. Así pues, los judíos eran los portadores primarios de esta enfermedad mortal. Además, aunque algunos investigadores médicos pensaban que la circuncisión hacía al pene menos sensible, otros creían que la circuncisión ayudaba a explicar la proclividad sexual del varón judío. Una vez más, los derechistas radicales parecían aceptaban la segunda noción.

Muchos también identificaban a los judíos con la prostitución. Era común ver los genitales de la prostituta como deformes y enfermos, tal y como los de los hombres judíos. De hecho, tanto los judíos como las prostitutas eran asociados con la sífilis. Ellos representaban el Otro sexual, el peligro que amenazaba el orden sexual y social; puesto que, para ambos, el sexo y el dinero estaban entrelazados: las prostitutas comercializaban el sexo al vender sus cuerpos y sus servicios, y los judíos sexualizaban el capital. Esta noción sobre los judíos se remonta a las censuras católicas contra el cobro de intereses sobre préstamos. De acuerdo al punto de vista de la iglesia, el dinero era un objeto inanimado y no podía reproducirse por sí mismo. Al recolectar intereses, los judíos trataban al dinero como si estuviera vivo, sexualizándolo. La avaricia judía, revelada por la trata de blancas, mostraba el enfoque de este grupo en lo material y la carnalidad, en vez de en los valores espirituales, que eran más nobles. Tanto los judíos como las prostitutas, entonces, eran seres carnales y enfermos, elementos foráneos que podían pervertir el tejido social (Gilman, 1991: 76).[8]

Uno puede hallar muchos de estos temas en los escritos de los nacionalistas. Quizá la acusación sexual más común que hacían contra los judíos era que ellos eran los responsables de que existiera la prostitución. Según los nacionalistas, los judíos habían iniciado y organizado la trata de blancas en la Argentina. Escribiendo en *La Nueva República* (30/08/1930: 2), Augusto Gozalbo observó

8 Véase también: Gilman (1991: 76-97, 119-124); Mosse (1985: 133-152); Ludmer (1999: 433-438, 440-442, 444-447).

que los tratantes judíos habían internacionalizado el tráfico de mujeres, tal y como los banqueros judíos habían internacionalizado las finanzas. El padre Napal juntó a varios de los demonios de los nacionalistas al afirmar que algunos de los líderes de Zwi Migdal, la banda de prostitución judía, eran comunistas (Napal, 1933: 256-257).[9]

Era cierto que judíos participaban en tales actividades. Tratantes judíos ofrecían dinero a familias pobres en el Imperio Ruso para casarse con sus hijas, y las colocaban en burdeles en la Argentina y otros países. Rufianes y madames judíos pertenecían a la infame banda Zwi Migdal, que sobornaba a policías y a políticos. Cuando el sistema judicial finalmente empezó a procesar a los integrantes de esta organización criminal, a finales de la década de los veinte, la publicidad resultante se convirtió en una útil herramienta para los nacionalistas.

Sin embargo, los judíos no necesariamente controlaban el tráfico de mujeres, ni todas las prostitutas eran inocentes «esclavas blancas». En tanto que los judíos podrían haber constituido la mayoría de los tratantes y las prostitutas legalmente registradas en los albores del siglo veinte, las estadísticas oficiales no tomaban en cuenta a las prostitutas que no se habían registrado. Entre ellas, el porcentaje de mujeres nacidas en el país (y por lo tanto no-judías) era alto. Además, la participación judía en este tráfico disminuyó con el paso del tiempo, mientras que la participación de otras mujeres extranjeras y criollas aumentó. Muchas de las prostitutas judías y no-judías ya habían ejercido este oficio en Europa y sabían cuál iba a ser su futuro en la Argentina. Ellas y otras entraron a los burdeles por su propia voluntad (Guy, 1991).

En el análisis final, el verdadero alcance del papel judío en el comercio sexual probablemente les importaba poco a los nacionalistas. Aun cuando los judíos no hubieran estado vinculados al tráfico internacional de mujeres, los derechistas radicales tal vez habrían inventado dicha vinculación. Las otras características que los nacionalistas atribuían a los judíos, y la influencia ideológica europea, ayudaron a hacer dicho vínculo inevitable.

Una de esas características era una sensualidad inherente. Según el padre Meinvielle, únicamente la «descendencia carnal» de Abraham determinó la condición de los judíos como «el pueblo elegido». Al asumir que la gloria de Cristo emanaba de su linaje, y que eran un líder político destinado a crear un imperio judío, cometieron el pecado de «carnalizar las divinas promesas». Así,

9 El libro clásico sobre la prostitución (Alzogaray, 1933), también se caracteriza por su derechismo y antisemitismo.

demostraron que ellos abogaban por la carne, mientras que los cristianos abogaban por lo espiritual. Su avaricia, su idolatría y su preocupación por leyes diminutas y por la limpieza, sirvieron como prueba adicional de su naturaleza mundana y carnal. Los judíos eran los maestros de civilizaciones basadas en las consideraciones económicas, la innovación tecnológica y la comodidad, tales como las capitalistas o comunistas, puesto que ellos tenían la hegemonía sobre lo carnal. Bajo este tipo de régimen, que Meinveille claramente consideraba como pecaminoso, los cristianos eran los esclavos. Ellos sólo podían ser maestros de una civilización espiritual, una que suprimía a los judíos y su sensualidad (Meinvielle, 1936: 16-19, 26-30, 91, 94).

La sexualidad era parte de esta supuesta carnalidad judía, y ambas se evidenciaban en el Talmud. Es dudoso que los autores nacionalistas y derechistas católicos en realidad hayan leído esta larga colección de escritos que constituían la ley judía. Esto no detuvo a Guido Glave, Vicente Balda y Gustavo Martínez Zuviría, entre otros, de afirmar que el Talmud era pornográfico porque trataba en gran detalle todos los aspectos de la vida diaria, incluyendo el sexo. Escribiendo en *Criterio* (12/02/1931: 207), Balda se refirió a «las torpezas y obscenidades de este libro, que explican bien la poca repugnancia con que los hijos de ese pueblo descuellan por su número y habilidad entre los tratantes de blancas y explotadores de mujeres».

Guiados por este libro «obsceno», los judíos promovieron la perversión y comercio sexual, lo cual no resultaba sorprendente para los nacionalistas. Sustentaron un estilo de pensar sensual y, por lo tanto, anti-espiritual y no-heroico, según Bonifacio Lastra, miembro de la Alianza Libertadora Nacionalista a principios de la década de los cuarenta. Puesto que controlaban Hollywood, ellos eran los responsables de las películas inmorales que estaban corrompiendo al mundo. También distribuían «propaganda pornográfica» y se oponían a la monogamia, insistía el padre Gustavo Franceschi, editor de *Criterio*. No obstante, los judíos eran tanto comunistas como capitalistas, y como tales habían inventado el amor libre y las otras supuestas costumbres sexuales de la Unión Soviética que tanto repelían a los nacionalistas. En la Argentina, no sólo dominaban los burdeles, sino también los centros nocturnos (Lastra, 1944: 152; Franceschi en *Criterio*, 14/09/1933: 30 y 13/07/1939: 248; Balda en *Criterio*, 29/01/1931: 142 y *Clarinada*, 12/07/1937: 19).

Aun fuera del tráfico de la prostitución, los hombres judíos supuestamente degradaban a jóvenes e inocentes mujeres cristianas. Escribiendo en *Clarinada*

(1942), Ana Cecilia Fuentes relataba la historia de una pura, devota chica, quien –manipulada por un maligno novio judío– se convirtió en una vulgar mujer de la vida fácil, dominada por las «bajas pasiones». Y este caso no era la excepción, señalaba Fuentes. Esta joven mujer podía estar entre muchas que se congregaban en los *boites*, casi todas ellas propiedad de judíos, donde los cigarrillos, el licor adulterado por los judíos y la sensual música judía las atontaba, dejándolas así más susceptibles a la corrupción.

Los fervientes católicos entre los nacionalistas consideraban a los judíos el Anticristo, y por ende, bestiales. Uno no debería culpar a los judíos por su comportamiento, señalaba el Nacionalismo Argentino, ya que «los animales que han sido perseguidos se vuelven salvajes y lo siguen siendo aun cuando vivan en contacto con los hombres; lo tienen en la sangre». Quizá era esta cualidad bestial la que había incitado a los judíos a violar a chicas cristianas en Rusia. Meinvielle aprobaba la costumbre medieval europea de encerrar a los judíos en sus ghettos por la noche, para así prevenir «las perversidades de los judíos» –bestiales actos llevados a cabo bajo cobijo de la oscuridad– (*Voz nacionalista*, 1935: 24; Silveyra, 1936: 65; Meinvielle, 1936: 83).

Mientras los nacionalistas criticaban lo que consideraban la endogamia y el separatismo de los judíos, al mismo tiempo temían el matrimonio entre judíos y católicos, y otras formas de contacto entre ellos. Meinvielle, por ejemplo, quería aislar a los judíos para evitar así que contaminaran a los cristianos o hicieran presa de ellos. Un activista católico, Gustavo Martínez Zuviría, director de la Biblioteca Nacional y futuro ministro de Justicia e Instrucción Pública en 1943-1944 bajo un gobierno militar influenciado por los nacionalistas, adoptó una postura similar. Escribiendo bajo el seudónimo Hugo Wast, publicó una novela, *Kahal-Oro* (1935), que daba a entender que rastreó una conspiración judía para dominar las finanzas y gobierno de la Argentina. Según Wast, una de las técnicas utilizadas por los conspiradores judíos para alcanzar esta meta era el arreglar matrimonios entre sus hijos y las hijas de la clase alta argentina. Esta «penetración» sexual simbolizaba la más grande penetración judía a los negocios y la sociedad; para los nacionalistas, ambas eran anatema (Lvovich, 1999: 132-136; Finchelstein, 2002b; Lvovich, 2003: 489-507).

Pocos nacionalistas abordaban específicamente el tópico de la sexualidad judía masculina, pero aquellos que lo hicieron la consideraban excesiva y desenfrenada. Tomándolas prestadas de los nazis, *Clarinada* publicó caricaturas de judíos «con el órgano sexual erecto amenazando a su entorno con el contagio»,

como ha anotado Federico Finchelstein. Al mismo tiempo, estas imágenes de cuerpos deformados y enfermizos embuidos con una nerviosa hipersexualidad eran, paradójicamente, afeminados. La masculinidad –como la definían los nacionalistas– de los hombres judíos era sospechosa (en Finchelstein, 2002b).[10] De hecho, los judíos representaban lo opuesto del modelo nacionalista de la virilidad.

Conclusión

Para la Liga Patriótica Argentina y los nacionalistas, el orden social ideal no era más que su concepto del orden sexual ideal, pero en versión gigante, es decir, llevada al plano de la nación entera. La jerarquía dentro de la sociedad significaba jerarquía dentro del hogar, con el varón heterosexual como el jefe de la familia, y una estricta división de los papeles y atributos de género. Los hombres eran dueños de su propiedad y la controlaban, lo cual incluía los cuerpos de las mujeres. Dos propósitos del matrimonio y la familia eran que uno pudiese refrenar las pasiones, fueran sexuales o de otra naturaleza, e impartir esta restricción a sus propios hijos. Cualquier cosa que socavara o alterara estas condiciones amenazaba el *statu quo*; por ejemplo, los apetitos sexuales excesivos ponían en peligro a la familia y simbolizaban los apetitos de la clase trabajadora por el poder político y económico, lo cual a su vez ponía en peligro el orden existente.

Los nacionalistas agregaron a estas formulaciones un culto a la virilidad masculina que celebraba la fuerza, la austeridad y el renunciamiento sexual, por lo menos fuera del matrimonio. Los hombres preocupados con los placeres mundanos no podían concentrarse en las tareas vitales de crear un poderoso Estado corporatista y un nuevo orden espiritual. El culto nacionalista a la femineidad enfatizaba la pasividad y un sentido mariano de la maternidad, ninguno de los cuales auguraba una sexualidad plena. Así, para este movimiento político, la verdadera masculinidad y femineidad eran incompatibles con la sensualidad. De hecho, la sensualidad no sólo ponía en riesgo el control social, sino que también contradecía los principios de la civilización cristiana. El criticismo de los nacionalistas sobre la pornografía, la vida nocturna, la ropa demasiado reveladora y la industria cinematográfica, revelaba una fuerte influencia católica,

10 Véase también Finchelstein (2002a: 125, 140). Alzogaray, en *Trilogía*, veía a los rufianes judíos como hombres débiles y enfermizos.

como también lo hacía su anti-semitismo. Creían que el liberalismo, el marxismo, el feminismo, el capitalismo internacional y otros enemigos, arriesgaban el orden social y la moral sexual que lo cimentaba.

Mayormente ausentes de las preocupaciones de la Liga Patriótica Argentina, los judíos estaban detrás de todos los enemigos percibidos por los nacionalistas. El anti-semitismo tal vez no era el meollo de la ideología nacionalista, pero destacaba su extremismo. Recurriendo a ideas comunes en Europa y entre los fascistas europeos, los nacionalistas identificaron a los judíos con la sensualidad que despreciaban y temían. Para ellos, los judíos monopolizaban la prostitución y los centros nocturnos; diseminaban la promiscuidad sexual; creaban y distribuían literatura, música y películas insinuantes; y en general abogaban por la carnalidad. Desenfrenada y bestial, la sexualidad de los hombres judíos no sólo corrompía a inocentes mujeres católicas, sino que servía como medio para infiltrar la sociedad argentina. Todas las fuerzas políticas a las que los nacionalistas se oponían estaban, en opinión de ellos, entrelazadas con el judaísmo. Los judíos representaban la multifacética amenaza a la estabilidad social y sexual que los nacionalistas favorecían.

Bibliografía

Alzogaray, Julio L., (1933) *Trilogía de la trata de blancas (Rufianes, policía, municipalidad)*, Buenos Aires, L. J. Rosso.

Barbero, María Inés y Devoto, Fernando (ed.), (1983) *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, CEAL.

Buchrucker, Cristián, (1987) *Nacionalismo y peronismo: La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.

Burleigh, Michael and Wippermann, Wolfgang, (1991) *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.

Carulla, Juan E., (1931) *Valor ético de la revolución del 6 de setiembre 1930*, Buenos Aires, inédito.

Caterina, Luis María, (1995) *La Liga Patriótica Argentina: Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20*, Buenos Aires, Corregidor.

Echeverría, Olga, (2006) «Los intelectuales antidemocráticos argentinos en las primeras décadas del siglo XX: la exclusión del género como uno de los fundamentos de la definición autoritaria», en *Signos Históricos*, Nº 13.

El Nacionalismo Argentino, (1935) *Voz nacionalista*, Buenos Aires, inédito.
Ferla, Salvador, (1947) *Doctrina del nacionalismo*, Buenos Aires, Rafael.
Finchelstein, Federico, (2002a) *Fascismo, liturgia e imaginario: el mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
Finchelstein, Federico, (2002b) «Sexo, raza y nacionalismo. La construcción católica del estereotipo corporal judío en Argentina», en Tucci Carneiro, Maria Luiza (ed.), *Antisemitismo nas Américas*, São Paulo, Editora Perspectiva.
Gálvez, Manuel, (1934) *Este pueblo necesita*, Buenos Aires, A. García Santos.
García, Alicia S. y Rodríguez Molas, Ricardo (ed.), (1988) *Textos y documentos. El autoritarismo y los argentinos. La hora de la espada/2 (1924-1946)*, Buenos Aires, CEAL.
Gilman, Sander L., (1991) *The Jew's Body*, New York, Routledge.
Glave, Guido, (1936) *Economía dirigida de la democracia corporativa argentina*, Buenos Aires, Imprenta Luis L. Gotelli.
Guy, Donna J., (1991) *Sex and Danger: Prostitution, Family, and Nation in Argentina*, Lincoln, Univ. of Nebraska Press.
Halperin, Paula y Acha, Omar (comps.), (2000) *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Signo.
Ibarguren, Carlos, (1933) *La crisis política del mundo*, Buenos Aires, Imprenta López.
Ibarguren, Federico, (1969) *Orígenes del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Calcius.
Lagos, M. J., (1923) *El programa de la Liga Patriótica Argentina y la educación por el ejemplo (Como una consagración del concepto Patria)*, Buenos Aires, inédito.
Lastra, (1944) *Bajo el signo nacionalista*, Buenos Aires, Editorial Alianza.
Liga Patriótica Argentina, (1920) *Primer Congreso de Trabajadores*, Buenos Aires, L.J. Rosso.
Liga Patriótica Argentina, (1921a) *Catecismo de la Doctrina Patria*, Buenos Aires, inédito.
Liga Patriótica Argentina, (1921b) *Definición de la Liga Patriótica Argentina (Guía del buen sentido social)*, Buenos Aires, inédito.
Liga Patriótica Argentina, (1922) *Comisión de Señoritas, Sus escuelas de obreras en las fábricas*, Buenos Aires, inédito.
Liga Patriótica Argentina, (1923) *Cuarto Congreso Nacionalista*, Buenos Aires, A. Baiocco.
Liga Patriótica Argentina, (1927) *Octavo Congreso Nacionalista*, Buenos Aires, Caporaletti.

Liga Patriótica Argentina, (1928) *Quinto Congreso Nacionalista de Trabajadores*, Buenos Aires, P. Ventriglia.

Ludmer, Josefina, (1999) *El cuerpo del delito: Un manual*, Buenos Aires, Libros Perfil.

Lugones, Leopoldo, (1962) *La grande Argentina*, 2º ed., Buenos Aires, Editorial Huemul.

Lvovich, Daniel, (1999) «Una mirada sobre el antisemitismo de la década de 1930: El Kahal-Oro de Hugo Wast y sus comentaristas», en *Cuadernos del CISH*, Nº 5, primer semestre.

Lvovich, Daniel, (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara.

McGee Deutsch, Sandra, (2003) *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932: La Liga Patriótica Argentina*, trad. Mario Ranalletti, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

McGee Deutsch, Sandra, (2005) *Las derechas: La extrema derecha en la Argentina, el Brasil, y Chile, 1890-1939*, trad. Julio C. Cortés, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

Meinvielle, Julio, (1936) *El judío*, Buenos Aires, Editorial Antídoto.

Mosse, George L., (1985) *Nationalism and Sexuality: Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Madison, Univ. of Wisconsin Press.

Napal, Dionisio R., (1933) *El imperio soviético*, 6º ed., Buenos Aires, Imprenta López.

Osés, Enrique P., (1968) *Medios y fines del nacionalismo*, 2º ed., Buenos Aires, Editorial Sudestada.

Rotker, Susana, (2002) *Captive Women: Oblivion and Memory in Argentina*, trad. Jennifer French, Minneapolis, Univ. of Minnesota Press.

Silveyra, Carlos M., (1936) *El comunismo en la Argentina. Origen - desarrollo - organización*, Buenos Aires, Imprenta López.

Villafañe, Benjamín, (1935) *Hora obscura. La ofensiva radical extremista contra la sociedad argentina*, Buenos Aires, inédito.

Resumen

Este trabajo aborda el tema de la familia y la sexualidad en la tradición nacionalista argentina. Se pregunta por las estrategias prácticas y discursivas que desde el nacionalismo se difundieron en la sociedad con el objeto de reproducir el orden social. Estas estrategias remiten a la difusión de determinados valores que exaltan la virilidad masculina, el matrimonio enmarcado en los rituales cristianos y la familia. El culto nacionalista a la femineidad enfatizaba la pasividad y un sentido mariano de la maternidad. Las verdaderas masculinidad y femineidad eran incompatibles con la sensualidad, ya que ponían en riesgo el control social y los principios de la civilización cristiana.

Palabras-clave: sexualidad - familia - tradición nacionalista argentina - masculinidad.

Abstract

This paper deals with the subject of the family and sexuality in the Argentine nationalist tradition: the discourse and the practices that were developed from the conservative ideology with the intention to reproduce the social order. These cultural strategies refer to the values of masculinity, marriage in the religions rules and family. The cult of these values emphasized to a deeper and sacred sense of maternity. In others words, the real masculinity and femininity were not compatible with sensuality, because it would put the social control and basis of the Christian Civilization in danger.

Keywords: sexuality - family - argentine nationalist tradition - masculinity.